

ENFOQUES DE LA LIBERTAD ESPIRITUAL¹¹⁹

Se me ha pedido una exposición final sobre la libertad espiritual, “porque vosotros -escribía san Pablo a los Gálatas- habéis sido llamados a la libertad” (Ga 5,13). Por fuerza, no evocaré sino los aspectos fundamentales de un problema tan vasto: en primer lugar, *La libertad y la satisfacción de los deseos*, en segundo lugar, *La libertad y la aceptación de la realidad*.

I. La libertad y la satisfacción de los deseos

A juicio de la mayoría de la gente, la libertad es en primer término el poder de satisfacer todos los deseos. Aceptemos este punto de partida y preguntémosnos a nuestra vez: 1. Cómo articular entre sí instintos, necesidades, deseos; 2. Cómo interfieren en ellos censuras, muros y valores.

1. Instintos, necesidades, deseos

Nuestros instintos ya están condicionados en nuestras necesidades creadas por los acontecimientos de nuestra historia individual y colectiva. Y esto es cierto en todos los niveles, desde la necesidad del automóvil o de la máquina de lavar hasta la necesidad del tabaco o de la droga, pasando por la televisión, la radio, el cine o las vacaciones.

Nuestras necesidades se convierten en deseos cuando franquean el umbral de la conciencia. Por eso todos tenemos una cantidad de necesidades que, al no surgir en deseos, hierven en inquietudes. No se puede esperar verdadera libertad espiritual sin ciertas clarificaciones relacionadas con esas profundidades de la propia psicología. En especial, debemos aceptar plenamente esa complejidad, confesarnos claramente nuestros deseos, descubrir, lo mejor posible, nuestras necesidades, criticar su relación con nuestros instintos fundamentales, informarnos sobre ellos (tanto masculinos como femeninos) con especialistas e, imponiéndonos la disciplina apropiada, aprender a domeñar nuestros impulsos. No digo ahogarlos porque podrían muy bien explotar un día.

Por fin, es indispensable para la salud de todo individuo, que su sed de existir sea estimulada. Por consiguiente es preciso cultivar en las personas su energía vital y su pasión por vivir en vez de aniquilarlas como se ha hecho a veces. Pero el retorno, exigido por algunos, a la espontaneidad pura es, en realidad, un engaño. Se comprende entonces a lo que se oponen las personas educadas en el legalismo absoluto de los últimos siglos, como es el caso del mundo eclesiástico y religioso en su conjunto. No deja de ser menos cierto que el nuevo amoralismo al que se llega es igualmente simplista y puede ser un derivativo de la megalomanía del deseo.

Nuestra libertad espiritual no se identifica con esa libertad psicológica. Sin embargo, incluye el que sepamos en qué estamos de nuestra búsqueda en ese dominio y que nos aceptemos en el punto en que estamos para que todo sea logrado en la luz y en la paz. Allí es, primeramente, donde la confianza en Dios -de la que hablaremos luego- es esencial.

Entre la libertad psicológica y la libertad espiritual sucede lo mismo que en las relaciones entre la naturaleza y la gracia (en terminología teológica) o entre la carne y el espíritu (en terminología bíblica). Lo divino, lo cristiano en nosotros, no es extraño a lo humano, no lo es

¹¹⁹ Tradujo: Hna. Josefina Acevedo Sojo, osb. Abadía de Santa Escolástica.

heterogéneo. Los carismas no hacen vibrar nuestras almas sin un temperamento apto para recibirlos. Nuestras comunidades religiosas no son mundos etéreos desprovistos de estructuras sociológicas. Nuestros sacramentos no son agentes ocultos sin un compromiso por parte de los interesados. Porque la gracia y el espíritu nunca son sino la renovación interior de la naturaleza y de la carne.

Pero a la inversa -y esta segunda negación no es menos importante que la primera- lo divino, lo cristiano en nosotros no es reducible a lo humano en el que se encarna y al que confiere, al consolidarlo, nuevas dimensiones. No le es homogéneo como tampoco le es heterogéneo. El ignorar uno de los dos es mortal para la fe. Las realidades espirituales son siempre, misteriosamente, “la anchura, la longitud, la altura y la profundidad” (*Ef* 3,18) que las realidades psicológicas toman al contacto con Cristo, bajo el soplo del Espíritu mucho más allá de nuestra expectación.

2. Censuras, muros y valores

Con demasiada frecuencia nuestros deseos son arrinconados en el inconsciente, permaneciendo en estado de necesidades por las censuras parentales o sociales que se les oponen. De allí proviene la transformación del inconsciente en una caldera explosiva y el paso, día a día, de la inquietud (engendada por la simple impotencia de traducir en deseos todas nuestras necesidades) a la angustia (engendada por la acumulación de deseos que se han arrinconado y que se manifiestan en forma de necesidades). De allí el fruto de las nuevas interdicciones y la necesidad, respecto a las antiguas, de proseguir incansablemente su descubrimiento y su anulación.

Unas son las censuras y otros los muros. Las primeras son nefastas, los segundos son indispensables. El río necesita riberas para correr hasta el mar. Nuestra libertad necesita (es decir para la satisfacción de nuestros deseos) ciertos obstáculos infranqueables para impedirle que se agote en lo indeterminado o se disipe en el vacío. Esto se lo olvida frecuentemente. No hablo de barreras de seguridad o de muros de protección. Hablo de las duras realidades que, al limitar nuestras ansias, les permiten concentrarse en objetos posibles.

De este modo, para salir del complejo de Edipo es preciso chocar contra ese muro constituido por el apego a uno de los padres preferido al otro y contra el cual va a estrellarse la megalomanía del deseo infantil. Contra este obstáculo o el de muros semejantes se ha yuxtapuesto o sustituido el interdicto del incesto. Basta un instante de reflexión para comprender en qué medida la censura y el muro son diferentes en casos de este tipo. Lo mismo habrá que decir en otros.

Es evidente que esos impedimentos no pueden ser sino reales, jamás ficticios, nunca artificiales. No se trata de armarlos en cartón-piedra o quizás invocar casos imaginarios. Tampoco se debe, para poner término a los deseos que se juzgan insensatos, lanzar a la gente o permitir que se arroje de cabeza contra los obstáculos que no ve. Pero, por el contrario, nunca se deben ocultar esos muros indispensables disimulándolos con falsas ventanas o arreglándose para apartar de ellos la mirada de las personas de quienes se es responsable.

Una cosa son las censuras y otras los muros, otras son los valores. El todo o nada, la concentración del deseo en un objeto único, es infantil. No se puede progresar en la madurez y en la libertad más que diferenciando sus ansias y escalonándolas. Esto supone una escala de valores. En general se hereda de los parientes cercanos, o, por reacción, de un medio en conflicto con su familia. Se trata, poco a poco, de tener acceso a la constitución de su propia jerarquía de los bienes deseables, sin por eso inmovilizarla en ningún momento. Lo normal es que evolucione con nosotros mismos.

Ofrecer a los jóvenes un sistema de valores tan definido como sea posible y, lo que es más aún, considerado como inmutable, puede seducir a un cierto número. Esto se observa por aquí o por allí. No debemos ilusionarnos: es la organización de la inmadurez. Si además se incluye en este sistema un todo o nada cualquiera, se crean las condiciones para los mayores estancamientos y regresiones psicológicas. Comprometerse para toda la vida es comprometerse a recomprometerse cada mañana en su marcha hasta el fin de la noche. Es dar testimonio de que la luz existe y de que se trata de volver a encontrar el camino constantemente. Así es como debemos ayudar a los jóvenes, abriéndolos a los verdaderos valores evangélicos, más aún, descubriéndolos junto con ellos.

Los discernimientos mencionados en el curso de esta primera parte tienden todos, a fin de cuentas, a hacer coincidir la persona con el personaje, dicho de otro modo, la unidad con la verdad de la persona.

II. La libertad y la aceptación de la realidad

Al meditar sobre el misterio de la Santísima Trinidad, algunos Padres de la Iglesia se han sentido inducidos a descubrir la libertad como el poder de aceptar la realidad. La libertad de Dios es, ante todo, su aceptación a sí mismo, a la generación del Verbo, a la procesión del Espíritu: acuerdo radical de su querer y de su ser, una armonía, una identidad sin falla de sus complacencias eternas y de sus relaciones internas. La libertad de Dios es también su consentimiento a los desbordamientos exteriores de su amor, hasta llegar a la creación del hombre y de la mujer, al don de su amistad y al perdón de su pecado a los hijos de su pueblo, hasta la Encarnación y la muerte en Cruz de su Hijo Bien Amado.

De allí la idea de que la libertad muy bien podría igualmente consistir para nosotros en la aceptación de la realidad de lo que somos en nosotros mismos frente a Dios, en nuestras vinculaciones con los bienes materiales, con las personas humanas y con respecto a las opciones que nos solicitan. Esto nos lleva a plantear una primera pregunta: ¿Cómo nos situamos bajo la mirada de Dios frente al tener, al poder y al querer, de tal modo que, en toda circunstancia, estemos libremente comprometidos en la elaboración de la realidad? Pero para los religiosos esas relaciones son vividas dentro de un espacio organizado para ser un lugar de conversión, de transfiguración y de misión. ¿Cómo? Es la segunda cuestión que nos plantearemos.

1. Tener, poder, querer

Nuestro instinto natural nos impulsa a la posesión de los bienes materiales, al dominio sobre nuestros hermanos y a querer el éxito personal. Ahora bien, el pecado, que ante todo consiste en la duda con respecto a Dios, nos hunde en seguida en el miedo frente a Él. Y partiendo de allí caemos, simultáneamente, en la inquietud respecto a nuestro porvenir, en el temor frente a todo ser humano y en la angustia por la libertad de nuestras opciones. La tendencia que tenemos a acapararlo todo, a dominar sobre nuestros semejantes y a prevalernos de nuestra autonomía, deviene, a partir de entonces, más difícil de domeñar.

Incitados, como estamos, a dudar de todo y a tenerlo todo, tenemos la tentación de amontonar riquezas por temor a tener que soportar privaciones; de dominar a los demás por temor de ser a la larga dominados por ellos, y de vacilar frente al Espíritu Santo por temor a ser llevados demasiado lejos. ¿Dónde está entonces la libertad? ¿En la satisfacción de los deseos o en la aceptación de la realidad para hacer frente a la situación en que uno se encuentra y para crear el mundo venidero?

Todo lo que hemos tratado de evocar en el curso de nuestra primera parte, toma de pronto dimensiones nuevas. Se pasa -permítaseme la comparación- de la monofonía, donde todo es

chato, al volumen obtenido gracias a la estereofonía. No tenemos tiempo para volver sobre los problemas antes planteados. Cada uno podrá hacerlo. En efecto, debemos progresar.

En el estado en que nos encontramos, lo que manifiestamente es más urgente, es reanudar con Dios los lazos afectivos auténticos acogiendo el don de su ternura y el perdón de su misericordia, reconociéndonos a la vez elegidos y pecadores.

Sólo en el amor y en la verdad podrá renacer la libertad. Por eso el sentimiento fundamental al que debemos tratar de volver siempre, es la fe, en el Dios Vivo de Jesucristo, la fe más confiada y más humilde en la infinita bondad de sus designios. La Biblia es el lugar propio donde se enseña a los hombres la pedagogía de Dios para alcanzar ese fin.

Pero simultáneamente, es preciso, para vencer los miedos que excitan nuestros instintos, reanudar con el universo, con la humanidad y con su propia persona, lazos afectivos auténticos, que nos liberan de nuestras tendencias a la apropiación de todo, al dominio sobre el otro y a la afirmación de sí mismo.

Esto supone en primer lugar que la confianza en Dios, a la que aspiramos, envuelve con Él la totalidad de su obra. Sería preciso reavivar en los jóvenes la fe en Dios como autor de las leyes del cosmos y como ordenador de los acontecimientos de este mundo; su fe en Dios como autor de la raza humana y como ordenador de las peripecias de la historia; su fe en Dios como autor de cada uno de nosotros y como ordenador de nuestras aventuras personales. La libertad está, a este precio, en la desaparición de la duda y del miedo, en la fe más absoluta y más sencilla en el Creador y Redentor de todas las cosas.

En segundo lugar supone que, de hecho, se tejan lazos afectivos auténticos con la tierra, con los hermanos y las hermanas, y con su propia existencia. No puede haber reconciliación verdadera con Dios sin reconciliación con la creación de manera muy concreta en estos tres planos.

En lugar de despreciar los bienes terrenos es preciso aprender a apreciarlos en su justo valor sin caer en su servidumbre; también sin inquietud: alimentos, vestidos, cuadros de vida, tiempos libres, etc. Debemos volver a encontrar, adquirir, conservar el gusto por las cosas buenas y hermosas y no destruirlo en nosotros ni en los demás.

En vez de huir de las personas humanas, o bien de imponernos frente a ellas, es preciso aprender a comunicarse con ellas en profundidad, sin esclavitud, también sin temor: amistades, relaciones, grupos de todo género, etc. Debemos volver a encontrar, adquirir, conservar el sentido de los demás, con una constante preocupación de solidaridad con todos ellos.

En vez de evadirse lejos de sí mismo aturdiéndose como mejor se pueda o reivindicando su propia autonomía, es preciso aprender a integrar su persona y sus opciones en el designio de Dios en el seno de la comunidad humana sin llegar a ser en la acción, ni un corderito ni un gruñón. Vivir feliz en su pellejo es esencial para ser feliz con los demás. Cuando se está profundamente dividido en sí mismo, ¿puede uno estar íntimamente unido con los demás? ¿Y con el Señor?

El fin es salir de la duda y del miedo, llegar hasta la simplicidad en el uso de los bienes de este mundo, hasta la benevolencia en la búsqueda, con los demás, del desarrollo de todo, y hasta la verdadera humildad en su propia inserción en el corazón de la realidad para la construcción siempre en marcha del mañana. El fin es llegar hasta la libertad creadora reconciliándose en todos los planos y en todos los niveles con el Dios de la Nueva Alianza en Jesucristo.

2. Conversión, transfiguración y misión

La Iglesia es, esencialmente, un lugar de conversión, entiendo de conversión del corazón, de ese retorno básico, de ese viraje del alma en el que uno va entregando, un poco mejor cada día, su confianza al Señor en la fe, único antídoto absoluto de la duda, y en consecuencia del pecado. En este sentido, ¿son nuestras comunidades religiosas verdaderos ambientes de conversión, de retorno a lo real, a la fuente donde la falta está abolida, verdaderos ambientes de reconciliación con el Dios vivo? Si nosotros tenemos hoy un papel que desempeñar en favor de la libertad, es, ante todo, según el modo en que contribuyamos a un retorno, sin reticencias, a la confianza en Dios como a un Padre cuyas intenciones son infaliblemente puras en todo lo que ha hecho y hace aún. Y con esto, por vía de consecuencia, un retorno cotidiano a la confianza en Dios como autor del universo, como dueño de la historia, como señor de nuestras vidas.

¿Cómo lograr un ambiente tal sin que sea ficticio? Puede que resultara imposible fuera de la creación de un lugar de transfiguración. Me explico. A menudo se ha tratado de sustituir el viraje radical que constituye la conversión del corazón por la conversión de costumbres, la evolución moral. De donde provienen los humillantes fracasos del ascetismo y su muerte, una vez más, en nuestra época, a la espera de su reaparición con una nueva máscara.

Esto no quiere decir sin embargo, que la transformación fundamental de nuestra actitud para con Dios, de la duda a la confianza, tenga alguna probabilidad de ser efectiva, por poco duradera que sea, sin establecer nuevas relaciones con el mundo, con los demás y consigo mismo. No que estas relaciones deban preceder a la conversión del corazón, sino simplemente acompañarla, darle cuerpo, en una palabra, encarnarla. No hay reconciliación en profundidad con el Dios Vivo sin, al menos, un comienzo de reconciliación en profundidad con la tierra de los vivientes, la comunidad de los vivientes, la psicología de los vivientes.

En consecuencia, lograr un ambiente religioso de conversión, es crear un ambiente de transfiguración de nuestras relaciones con las cosas, con los demás, con nosotros mismos. Relaciones positivas, relaciones constructivas, relaciones estructuradoras. Se trata de construir y no de aniquilar; de vivir en armonía con el mundo, con los demás, consigo mismo, enraizándose en la fe. Nuestras familias espirituales, nuestras comunidades religiosas serán, por lo tanto, lugares de conversión del corazón hacia una confianza en Dios, sólo si devienen lugares de transfiguración, de transformación de la vida, ambientes de resurrección.

Podemos preguntarnos por fin si todo esto es concebible fuera de un ambiente de misión. En efecto, ¿cómo podría uno reconstruirse íntimamente en relación a las realidades materiales, en relación a las personas humanas y en sus aspiraciones de autonomía, sin un real compromiso en la misión de Cristo que vino a restaurarlo todo? Temo que sin esto el viraje de nuestros corazones, y con él la reestructuración de nuestros comportamientos, no sean más que cambios muy inciertos, imaginarios, sin fundamento en una aceptación total de la realidad.

¿Cómo crear e instituir en la época en que vivimos lugares místicos de conversión del corazón, lugares evangélicos de transformación de la vida, lugares apostólicos para una misión de gracia; en una palabra, lugares de libertad bajo el soplo del Espíritu? Así como debemos definir las condiciones de una renovación de la libertad espiritual, así debemos también dejar al Espíritu el cuidado de trazarnos día a día los caminos concretos de la renovación tan esperada.

* * *

La libertad es el poder que se tiene de realizar su destino. Porque en la aceptación de la realidad es como se llega al gozo de los propios deseos. Ya he empleado en otra ocasión la comparación de la orquesta que ejecuta la sinfonía de Dios bajo su dirección prodigando la libertad de que ella dispone para seguir exactamente la partitura y la mano del Señor. Si la sinfonía está escrita en el cielo desde toda eternidad en el libro de la vida, nosotros sin embargo, somos los que la creamos en el escenario del mundo. Por eso también, con justo derecho, en el último día

seremos aplaudidos por el universo entero con el director y el compositor de la obra a la cual nos toca darle vida hora tras hora, a lo largo de los siglos. La libertad está en hacer, así lúcidamente, apasionadamente, aquello para lo que fuimos hechos. Es crear lo que está escrito. ¿Cómo podríamos realizarlo sin una reconciliación radical con Dios, pero también con la naturaleza, con la humanidad y, ante todo, con nuestro propio corazón?

*310 Rue de Vaugirard
75, París (éme)
Francia*